

EL SER HUMANO Y LOS SENTIDOS DE LA EDUCACIÓN

(Notas para una reflexión)

ACLARACIÓN PREVIA:

Estas notas tienen como principal sentido el de recalcar una vez más la importancia del ser humano que, hoy, desgraciadamente se ha vuelto casi invisible en muchos de los debates acerca de la Educación, que, en su gran mayoría, se van centrando en los problemas de la gestión y de la eficiencia, en desmedro de una mayor atención hacia quienes son los verdaderos protagonistas y motores de cualquier proceso educativo, los maestros y los discípulos, a no ser aquella reactiva frente a las movilizaciones que protagonizan periódicamente.

Aclaro de inmediato que no creo en absoluto en el ficticio antagonismo entre la preocupación legítima por la necesaria eficacia en la gestión educativa y la obtención de resultados de excelencia en la transmisión de conocimientos, en contra de la indispensable relevancia debida a las personas que están involucradas en ese proceso.

Solamente pretendo llamar la atención en el hecho de que, hoy, frente a la urgencia otorgada a la solución de los problemas de gestión, solemos postergar una visión más global que pueda no solo detectar sino asumir los inevitables cambios que produce a diario el fenómeno de la globalización en todos los ámbitos de nuestra vida personal y social.

Entre ellos, es indiscutible su fuerte impacto en la validez e idoneidad de nuestros sistemas educativos, que se ven sobrepasados y cuestionados no solo en su estructura sino también y sobre todo en sus prácticas pedagógicas cada vez más alejadas de la la facilidad y velocidad con que los más jóvenes asumen y asimilan esos cambios en sus modos de vida y visiones de mundo.

“Pareciera ser que la preocupación desmedida por ver los árboles nos impide ver el bosque...”

PRIMERA NOTA

LA TAN MENTADA GLOBALIZACIÓN

Desde muchas instancias, se alzan voces de alerta y de temor.

Veamos:

Nuestra relación con la globalización suele ser ambivalente. Por una parte solemos alegar en contra de algunos de los posibles aspectos negativos de su rápida expansión, como, por ejemplo, la eventual desaparición de ricas y diversas culturas autóctonas que serían remplazadas por otra de tipo global, uniforme y vacía de características identitarias. Por otro lado, hiperbolizamos sus bondades en el campo de la comunicación, destacando su indudable importancia en la transmisión inmediata de información, homologándola, de manera decididamente equivocada, a la transmisión de conocimiento. Lo negativo de ambas percepciones, divergentes en apariencia, es que parten de la

convicción de que se trata de algo exógeno, que llegó para quedarse por mucho tiempo con sus actuales características; que no tiene vuelta atrás y que no queda otra alternativa que adaptarnos lo más rápidamente posible a su estructura de competitividad avasalladora, sobre todo en el campo económico, negando cualquiera posibilidad de cambio en el corto e incluso en el mediano plazo.

Pero, si lográramos detenernos por un momento, descubriríamos nuestra capacidad de acoger constantemente los influjos de múltiples diversidades, lo que nos haría especialmente aptos para absorber el impacto globalizador y revertirlo a nuestro favor.

Por mi parte, visualizo la globalización como un fenómeno multi-direccional, como una red tejida desde muchos lugares y por muchas culturas, en la que podemos introducirnos a través de los huecos de su entramado y aportar nuestro esfuerzo para encontrar la manera de poder garantizar las identidades culturales particulares aún en una cultura global, y sobre todo, construir en el tiempo, el “**alma de la globalización**”, aprovechando su propia fuerza expansiva.

Una de sus mejores armas, la posibilidad, inédita hasta ahora, del inmediato flujo dialogante de información y de conocimientos de todo tipo, nos otorga una herramienta poderosa e inmejorable para acelerar el logro de esta aparente utopía.

Para poder concretar ese objetivo, la educación se me aparece como la herramienta más idónea y eficaz, siempre y cuando logremos alcanzar una calidad que me atrevo a definir “humana”, tanto en los sentidos como en la estructura de sus sistemas escolares.

Cualquier otro problema que afecta hoy al sistema educativo me parece secundario, si lo comparamos a los desafíos que, en todos sus niveles, nos plantea este proceso acelerado de **mutación cultural** que me atrevo a definir como “**planetario**”

Por lo expresado hasta aquí, es que me permito aprovechar este momento de reflexión en común, y pedirles que nos atrevamos a plantearnos con creatividad, honestidad y hasta con una dosis de osadía, (tan necesaria y tan poco practicada), cual debería ser nuestro aporte en la construcción de puentes hacia un nuevo sistema educativo, para poder hablar con propiedad de una **calidad humana de la educación**.

SEGUNDA NOTA

(La importancia de aclarar algunos conceptos):

EDUCAR Y ENSEÑAR

Desde el momento en que el ser humano se constituyó en comunidades, la necesidad de la transmisión organizada del conocimiento se hizo presente de inmediato como un eje de acción que está íntimamente ligado con la permanencia en el tiempo de cualquier tipo de sociedad.

El dominio sobre el fuego, la iniciación de los niños y adolescentes en la caza y en la pesca, en el conocimiento de la flora y de la fauna, el desarrollo de las habilidades manuales para construir cobijos, son hitos fundamentales del ascenso de la raza humana.

En todos ellos emerge, de una manera muy potente y emblemática, la figura del “dador o transmisor de conocimientos”.

De aquel sujeto que siente el llamado de transmitir a los otros el bagaje de sus propios hallazgos, adquiridos a través de múltiples experiencias de vida, que, además, es reconocido por la comunidad como capaz de transmitirlos..

Capacidad de transmitir conocimientos y su legitimación por parte de la sociedad, son las dos cualidades esenciales para que el “maestro” pueda ejercer su autoridad frente a sus discípulos.

La relación que se establece en este proceso de interacción entre los integrantes de una comunidad, es la que teje las necesarias rutas por las cuales transcurre su propio desarrollo cultural.

Es por ello, que podemos aseverar que hoy es unánimemente aceptado el concepto de que, **para cualquier sociedad, su sistema educativo es parte esencial del proceso de construcción de su propia cultura.**

En la actualidad, a través de consecutivas etapas del **aprendizaje organizado**, los sistemas sociales, cualquiera que sea su proyecto histórico y su realidad política y económica, pretenden rescatar, en los sujetos que los integran, sus potencialidades y su carácter de “**ciudadanos culturales**”; es decir, **personas capaces de construir-se con otros** y entregar su propio aporte para tejer redes de relaciones armónicas entre los seres humanos y con la naturaleza.

En toda persona, este aprendizaje se desarrolla siempre a través de un **proceso de descubrimiento y acumulación de experiencias**, y se **personaliza** al pasar por su propia percepción del mundo y de su relación con él.

Ese proceso suele ser motivado e impulsado por maestros o educadores, sujetos capaces de **educar** (del latín **ex-ducere**), es decir, guiar, conducir, **sacando de un lugar para llevar a otro**.

Por otra parte, el rol del **educador** es también el de **enseñar**, es decir **mostrar, reconocer y elaborar signos y señales** que, al ser interrelacionadas, puedan servir de guía para crear nuevos imaginarios y puntos de vista personales acerca del mundo.

Es a través de esta cadena de causa y efecto que se han estructurado, a lo largo del tiempo, todas las “**culturas**” de aquellos pueblos que nos precedieron desde las épocas más remotas.

TERCERA NOTA

FORMULANDO PREGUNTAS

Sin embargo, demasiadas veces, la educación, en su formulación y en su práctica escolar, agota su sentido en el concepto primario y restringido de **entregar información.**

Surgen aquí entonces de inmediato algunas preguntas:

¿Para qué se educa?

¿Qué es lo que se debe enseñar?

¿Cuál es la relación que el maestro debería tener con su discípulo?

Los conocimientos que el maestro posee, los ha obtenido durante su propia experiencia de vida y por eso mismo están teñidos por una dosis muy grande de subjetividad que es imposible ignorar y menos eliminar a la hora de traspasarlos al discípulo.

Al mismo tiempo, el sistema educativo elabora programas de enseñanza que se estructuran partiendo de una “**objetividad**” que, en el mejor de los casos, es **la máxima posible** y que son funcionales a ciertos valores ya instalados en la sociedad, que se consideran como esenciales para promover y “garantizar” la armónica relación entre todos sus miembros.

Esta situación acarrea una constante tensión entre las subjetividades involucradas en el proceso educativo y la aparente objetividad de los sistemas de enseñanza, que, por otra parte, se ven presionados en su rol de **transmisores de conocimientos**, ya que estos están cada vez más al alcance de los niños y de los más jóvenes **fuera de las aulas**, en los software especializados, en Internet, frente a la dócil pantalla de un computador que se adecua al ritmo y al particular interés del usuario en un diálogo individual, sin la interferencia de horarios y/o de temas de reflexión, impuestos por parte de terceras personas.

Existen, en los programas de computación, innumerables “menús”, ofrecidos a la curiosidad de los interesados, con el agregado de imágenes en movimiento y de sonido, sin la tiranía de “materias” y de horarios fijados unilateralmente “desde arriba”. Es por eso que podemos afirmar que las tecnologías de última generación hacen posible una particular “anarquía educativa” muy personalizada

¿Cómo podemos adecuarnos positivamente a esta verdadera avalancha de “**conocimientos envasados**” y asumir la responsabilidad de usarlos de manera idónea y sobre todo ética?

No cabe la menor duda de que no podemos hacernos los desentendidos frente a un desafío de estas proporciones y que, por el contrario, debemos hacer acopio de toda nuestra creatividad para encontrar nuevos caminos en las metodologías empleadas en los procesos de escolarización.

El asumir creativamente los conflictos antes señalados, no sólo será útil para la necesaria armonía social, sino que podremos convertirlos en el motor capaz de construir nuevas y más eficaces formas de transmisión y reinención del conocimiento.

La pregunta **¿para qué enseñar?** aparece aquí como fundamental:

De todas las respuestas posibles una es la que más surge de manera espontánea. Enseñamos **para transmitir nuestra memoria y construir la memoria común.**

Además de conocimientos específicos, el verdadero maestro entrega experiencias e “historias” que están alimentadas por la sabiduría del pasado y, al mismo tiempo, cargadas de **dudas y preguntas** acerca de los misterios que siguen rodeándonos y que no pueden ser desentrañados simplemente en un ejercicio racional.

El verdadero pedagogo muestra, a lo más, **opciones alternativas**, instando al discípulo a buscar cuales son **sus propias preguntas**, a encontrar **sus propias respuestas** y, al mismo tiempo, a saber sobrellevar **sus propias dudas** y a trabajar con ellas. Al iniciar ese camino, el discípulo comenzará a construir **su historia y su memoria** que, a su tiempo, se unirán a las de otros en un todo indisoluble.

Es este conjunto de historias y memorias individuales y colectivas, con su bagaje de acciones interrelacionadas e interdependientes, lo que la mayoría de las veces definimos como cultura.

Pero, ¿qué sucede con los conocimientos adquiridos durante el aprendizaje? ¿Cómo los empleamos en nuestras acciones diarias para darles significación y eficacia? ¿Son suficientes y sobre todo idóneos para satisfacer las cambiantes y cada vez más específicas demandas del ámbito del trabajo humano?

Está de sobra demostrado el hecho de que la rapidez del proceso de cambio cultural no encuentra su correlato en la adecuación de la pedagogía para enfrentarlo con éxito. Ella se ha transformado de **propositiva** en **reactiva** y da la impresión de que estamos persiguiendo afanosamente un imposible, quedando cada vez más lejos del objetivo que nos proponemos: **el de lograr el uso armónico y sobre todo ético de los conocimientos, para acceder a la sabiduría.**

Frente a esta situación debemos recurrir a la creatividad como fuente de posibles y nuevas soluciones. Insistir en la bondad de algunos métodos instrumentales, basándonos exclusivamente en su “ya probada eficacia en el pasado”, me parece demasiado fácil y hasta peligroso.

Por otro lado, un superficial entusiasmo por una suerte de “nuevismo”, puede hacer fracasar una acción más seria que enfrente el problema en toda su complejidad.

Creo que es urgente una profunda reflexión, que parta del presupuesto de que **el futuro no solamente está próximo, sino que ya convive con nosotros**, con todas sus exigencias y retos.

La sociedad tal cual la conocemos ya está sufriendo cambios radicales, y la mutación de los valores instalados en ella se hace evidente en el transcurso de nuestra cotidianeidad.

CUARTA NOTA

EL DESENCANTO DE LOS MÁS JÓVENES.

La actual insatisfacción juvenil no es el simple reflejo de una forma de enfrentamiento generacional de carácter psico-social común a otras épocas, sino que está cargada de un sentimiento de desencanto absolutamente inédito en las luchas generacionales de antaño.

Por mi parte, la veo más bien ligada al tan publicitado “derrumbe de las ideologías”, a la ausencia de utopías movilizadoras y a la poca presencia de líderes carismáticos que sinteticen en sus propuestas y en sus acciones los deseos y los sueños de los más jóvenes.

Para las políticas educativas es cada vez más urgente el poder corregir el desamparo en el cual se encuentran gran cantidad de jóvenes de nuestro país, que decididamente, no es solo producto de la vulnerabilidad social de la que tanto se habla, sino que es transversal a todas las clases sociales..

Es por eso, que cualquier iniciativa de modernización del sistema educativo tiene que tomar en cuenta ese desencanto y las demandas que desde hace largo tiempo se vienen expresando en los movimientos estudiantiles.

En Chile y en otros países las diferentes instancias, implementadas por el Estado, con el concurso del Poder Legislativo, para enfrentar este desafío siguen siendo cuestionadas. No me parece cuerdo descalificar ese rechazo de antemano. La democracia se ejerce básicamente en el diálogo y en el reconocimiento y respeto al derecho a disentir.

Es evidente que se trata de un camino más largo y más complejo de aquel que se basa en la imposición, pero la historia nos enseña que es el único que puede garantizar el desarrollo cultural y la paz social.

Está en juego la posibilidad de convocar a los jóvenes a **sumarse** a la constante aventura de pensar y soñar el país según un proyecto más acorde a las expectativas, explícitas o no, de la gran mayoría de los ciudadanos. Sobre todo, se trata de crear las condiciones sociales y políticas para que ellos puedan intervenir directamente en su construcción.

Pero, ¿Cómo hacerlo? **Integrar**, no es un proceso unilateral. No se puede ni siquiera iniciar, sin la voluntad explícita de las partes en juego.

Los jóvenes, en Chile, suelen expresar su disconformidad respecto a los valores que les ofrece la sociedad actual, con la consabida frase: “No estoy ni ahí”.

De tanto oírlos, también los mayores nos hemos convencido de tal forma de su veracidad, que estamos dispuestos a estigmatizarlos con su propia definición para echarles en cara su desinterés y aparente abulia. Pero, ¿Sabemos a ciencia cierta, lo que estos jóvenes piden o exigen a la sociedad toda? ¿Lo saben acaso ellos mismos? Por otro lado, ¿Es exigible por parte de la sociedad una clarificación mayor de sus objetivos y propuestas, para poder acoger ese malestar que se hace evidente en sus demandas y acciones?

Y, si no están ni ahí, ¿No será acaso que “están en otra” posición, más cercana a sus intereses y más favorable a la creación de otros valores con los cuales puedan de verdad identificarse?

Existe la sensación generalizada de haber llegado a un punto en que todo da lo mismo y que las convicciones divergentes o contestatarias se consideran peligrosas para la aparente tranquilidad social y política.

Entre los jóvenes, las fuerzas de los actuales escenarios políticos han perdido credibilidad por su propia manera de ser y de actuar, plagada de rencillas internas, descalificaciones mutuas y por la ausencia de propuestas más decididas y claras.

Es precisamente ese contexto el que provoca la indiferencia hacia la participación de aquellos que, históricamente, han sido los impulsores de nuevos contenidos y nuevas formas en las estructuras de poder.

Me parece importante, detectar con urgencia qué es lo que hace falta en las políticas de las diferentes instancias de poder, para **restituir a la gran mayoría de nuestra juventud el deseo y la capacidad de soñar y de comprometerse por un proyecto de sociedad diferente, que emane de ellos mismos.**

Despertar en ellos la necesidad de **aportar su visión y acción personal a la “construcción” de nuevos acontecimientos que modifiquen la realidad**, que, en un determinado momento, han llegado a considerar como ajena, cuando no hostil y antagónica, a sus ideales de vida.

En el fondo, **motivarlos a que se apropien de la realidad que lo rodea, para luego transformarla con su creatividad e imaginación.**

QUINTA NOTA

BUSCANDO NUEVAS RUTAS

La educación formal ha sido, hasta ahora, el instrumento que ha permitido el proceso de socialización de innumerables generaciones de individuos, desde su aparición en las estructuras de los más variados sistemas de organización social.

Hoy, sin embargo, en el mismo proceso de enseñar, los maestros perciben cada vez con mayor claridad que los conocimientos transmitidos son cada vez menos útiles en el contexto de la vida cotidiana, a no ser aquellos de carácter técnico que, para ser aplicados, no requieren de mayores aptitudes de análisis y reflexión, sino que de una fácil adaptación a la rutina.

Esto se debe, en gran parte, al hecho de que la mayoría de esos conocimientos son funcionales al **cómo** lograr un determinado resultado práctico en forma cada vez más rápida y eficaz, desplazando a otros más ligados al mecanismo propio del **saber**.

Permítanme detenerme un momento en el concepto del **saber**, tal como lo entiendo en estas notas.... Desde las primeras sociedades en las que se organizó la raza humana, siempre se ha considerado que el acceso a la sabiduría se logra a través de un largo proceso que parte del conocimiento empírico de la realidad.

Este se adentra, en su transcurso, en la indagación del **sentido del ser humano**, en cuanto **ente** que está en relación constante y simultánea tanto con la realidad en la que se halla inmerso, como con su propia trascendencia.

Es por eso, que el concepto de **saber** que empleo aquí, se refiere más al **ser** del hombre que al simple **hacer** en el proceso de transformación de su entorno.

Lo que distingue al ser humano de las otras especies, es su capacidad de **conciencia de su constante estar siendo y haciendo-se** en el trabajo de procesar los datos recogidos en el camino del conocimiento, de unirlos en una síntesis coherente, que se convierte en el impulso, no sólo de su acción transformadora, sino que también de su propio crecimiento espiritual.

Sin embargo, todo lo anterior no es una tarea individual. El proceso descrito necesita la acción mancomunada de múltiples sujetos quienes deben poner en relación armónica sus **diferencias** para lograr componer un único camino común.

Aclaremos el punto: **La cultura es un proceso colectivo.**

El perfeccionamiento individual se convierte en elemento potenciador, en la medida en que se contrasta con diferentes visiones de mundo y se esfuerza por encontrar con ellas una relación armónica.

Un tipo de relación que en su desarrollo logre un resultado que sea mucho más que la simple suma de esas diferencias.

Se trata de un proceso que es capaz de transformar la “materia” en juego en otra que, si bien contiene en lo esencial todas las particularidades de sus heterogéneos componentes, se **transmuta**, al igual que en la alquimia, en otra de un valor inmensamente mayor. Ese nuevo estado corresponde a un nivel más elevado en el cual se accede a una mayor calidad de conocimiento, que a su vez posibilita una comprensión más sustantiva de los mecanismos que mueven el proceso cultural.

Tengo plena conciencia de que lo expresado hasta ahora, abarca apenas algunos de los problemas que se enfrentan, al momento de iniciar una reflexión un poco más exhaustiva acerca de los diferentes métodos que usamos en la educación formal para conseguir el armónico proceso de socialización de los miembros de nuestras sociedades, en los que la **libertad de expresión y el respeto a las inevitables diferencias** no pueden ni deben estar ausentes.

No se trata aquí solamente de respetar en forma pasiva derechos inalienables de cada persona humana, sino que de construir un sólido edificio sobre realidades multifacéticas y cambiantes que, a través del tiempo, van consolidando expresiones culturales definidas y particulares de las cuales, querámoslo o no, somos herederos.

Es bueno recordar que todos nosotros somos a la vez sujetos culturales y objetos de las presiones que nos llegan de los valores ya instalados en la sociedad. Somos emisores y receptores, al mismo tiempo, de corrientes de pensamiento que conforman un todo indisoluble y que influyen decididamente en los objetivos y en los resultados de nuestras acciones concretas.

La interdependencia de todos estos elementos es la que debería ser presentada a los educandos como un misterio a desentrañar, como un desafío a la razón y a la emoción, como un mundo a descubrir para hacerlo cada vez más coherente, más armónico y más habitable.

SEXTA NOTA

INVENTAR CAMINOS

La Reforma Educativa Chilena habla de “Educar para la Vida y durante toda la Vida”...

Significa que la Educación Formal, tal como hoy está estructurada, es apenas una posibilidad de acompañarnos en un pequeño trayecto de nuestro caminar. Que no debemos erigirla como el pilar de todos los conocimientos y de todo el saber.

Está en nosotros no transformarla en **antagonista de la experiencia directa de vida.**

Sé por experiencia propia que este camino no es fácil, ni corto; pero no hay que ceder frente al temor. Debemos confiar en la capacidad de los más jóvenes para enfrentar los desafíos, en su infinita sed de saber y de sentir y **hacer nuestro su irrenunciable derecho a soñar.**

Es el momento de convertirnos en cómplices de una aventura común en la que todos, jóvenes y no tanto, iniciemos la búsqueda y la construcción de nuevos caminos que nos lleven a una mayor comprensión del existir y del ser.

No se trata de un sueño inalcanzable y menos de un ideal romántico fuera del aquí y el ahora, sino que de encontrar en nosotros mismos, en nuestra inevitable capacidad y necesidad de unión, el impulso para dar el salto cualitativo que nos ponga en el umbral de un nuevo mundo más humano para todos.

Inventar nuevos caminos significa comprometerse con su construcción; partir de la base de que ellos aún no existen, del hecho cierto de que no se trata de remozar, o parchar, o limpiar.

Significa abrirlos en medio de un espacio diferente, que no se deja conquistar fácilmente, que incluso, la mayoría de las veces, se opone a la acción transformadora.

Por ello es que se necesita decisión y constancia, valor y compromiso con una vocación que nos llama a todos y que exige claras respuestas a lo largo de nuestra existencia.

El gran pedagogo italiano Loris Malaguzzi, creador hace más de cincuenta años de los extraordinarios jardines infantiles de Reggio Emilia, considerados entre los mejores y más innovadores del mundo, nos recuerda que:

“La pedagogía es movimiento, movimiento continuo... No creo que la pedagogía sepa todos los días para adonde va, ni adonde puede ir; es una ruta que hay que descubrir mientras se viaja... Si el barco se echa a perder durante el viaje, se arregla mientras viajas...”

Porque: **...Atreverse con el futuro, no es un riesgo, sino una necesidad de la dignidad humana...”**

DESPEDIDA...

Me permito terminar con una muy breve anécdota de mi vida. Creo que viene al caso y que nos puede ayudar a renovar nuestro compromiso y esperanza.

Corría el año 1941, estábamos en plena guerra..... Fue un 31 de octubre, el día de mi cumpleaños número 12.

En aquel tiempo, en mi familia existía un pequeño ritual, que consistía en que el cumpleaños se hacía el dormido hasta que el resto de la familia se acercara sigilosamente a su cama para despertarlo con el canto de “cumpleaños feliz” y entregarle los regalos.

En esa ocasión, por mucho que esperara, no hubo cantos, solo una leve sacudida en mi hombro que me hizo abrir los ojos. Vi frente a mí a mi padre, a mi madre y a mis dos hermanos. Mi padre se me acerca, me muestra sus manos vacías y me dice:

“No hay plata para comprarte nada y la comida es la misma de la ración de guerra de todos los días. Pero, en estos casos, por lo menos se acostumbra entregar un deseo y aquí va, en nombre de todos nosotros...”

Me tomó de los hombros y, mirándome fijo, me dijo:

“Te deseo que, cuando te toque irte de este mundo, lo dejes un poco mejor de cómo lo encontraste...”

Han pasado muchos años desde ese día, pero el deseo de mi padre sigue presente y acompaña y alienta mis mejores sueños....

Ese niño de doce años, de entonces, veía como un hermoso y casi irrealizable sueño la posibilidad de cambiar el mundo....

El anciano de hoy, por el contrario, está seguro de que se puede lograr, y que depende de cada uno de nosotros, **“dejar el mundo un poco mejor de cómo lo encontramos”**

Claudio di Girolamo

Girona
Cataluña, octubre de 2008